

MISCELÁNEA

DON FRANCES DE ÁLAVA EN LA GUERRA DE SIENA (1552)

Don Francés o Francisco de Álava es un vitoriano de pro, hijo de Hernando de Álava y Magdalena de Beaumont, nieta de Carlos II el Noble. Contino de la Casa Real y caballero de Calatrava (1543), ascendió a capitán (1546) y tomó parte junto a Carlos V en la guerra de Alemania. En 1549 estaba ya en Siena, como Maestre de Campo mandando tres Compañías, bajo el Gobernador Diego Hurtado de Mendoza. Estuvo en el asedio de Metz, más tarde en España, para pasar a Bruselas (1556) y tomar parte en la victoria de San Quintín (1557) de Francia. Cumplida información sobre él hallaremos en la obra de Pedro Rodríguez y J. Rodríguez, *D. Francés de Álava y Beaumont. Correspondencia inédita de Felipe II con su Embajador en París (1504-1570)*, editada por el Instituto Doctor Camino (San Sebastián, 1991), p. 3 y ss.

Algo se nos dice en él de su presencia en Siena, de su voluntad de hacer allá un castillo, casi terminado en 1550, y de la sublevación llevada a cabo por tropas de Eneas Piccolomini ayudado por batallones franceses el 25 de julio de 1552. El 28 le llegó ayuda de los batallones florentinos, mas hubo de rendirse el 5 de agosto (o.c. pp. 36-41). A tal momento pertenecen las cartas que escribe desde Siena a Roma al Embajador Hurtado y a un Pedro Ximénez, precisamente el 25 de julio. Cartas de estilo cortado y nervioso, propias del momento, en que habla de la situación que estima defendible, y de traiciones en vista, de aprovisionamientos de urgencia y hasta de un papel misterioso clavado a la puerta con recomendaciones de urgencia. “En seis días te echan”, le dicen en él. Fueron sólo diez días los que tardó en llegar a la rendición. El 5 de agosto abandona el castillo y sus Compañías pasan a engrosar los tercios del Piamonte. Así termina esta “cacciata degli spagnoli” sobre la que hay abundantes crónicas italianas, en las que don Francés es tratado de “persona cortese e gentile”. No es poco.

Don Francés de Álava a Don Diego Hurtado de Mendoza, Embajador en Roma

1

AGS, Estado 877, 47

Siena 25 julio 1552

Muy Ille. Señor

Reçevi la carta de V.S. de 23. Estoy advertido de todo lo que en ella me manda.

El viernes pasado amenecio ese papel hincado en la puerta de V.S. y dentro un medio quattrin que pone para contraseña. Parezeme ynbençion del Conde Masayn, el qual despues aca me a hablado tres o quatro veçes, y siempre me diçe que trae una cosa de ynportançia entre las manos y que con brevedad me traera la claridad della o la conferira con Heronimo de Guinen.

El señor Sinolfo, escribe en su carta. Alla le e embiado un hombre pidien-dole mas claridad.

La cibdad çierto esta algo alterada, pero no ay que temer a mi parecer hasta que tengan fuera calor grande, y ansi e escusado el pedir al duque de Florencia que allegue aca gente alguna que meterla dentro. A de ser, como V.S. dice, llegando ya el agua a la garganta. V.S. crea que a estos qualquier cosita los altera y aun ver subir españoles de aquí. Lo que yo temo no es sino que hagan algun tumulto que no podria dexar de sonar mal, que por lo demas sin ninguna fanfarroneria digo a V.S. que unidos todos ellos, lo qual tengo por ynposible, les quebraremos las caveças siempre que pensaren enojarnos.

Ando en rrastró de lo que tengo escrito a V.S. de Claudio Cucantini. Estos Amerigos abran de venir a pagar, es una bellaca gente. El cavallero va y viene fuera y pierdese cada vez que me topa, que verdaderamente parece que trae la sogá al pescueço. El cavallero resyde y el capitan no parece. Pero a quien yo mas temo que trae juego fundado es Alexandro Guillermo, como a V.S. tengo escrito otras bezes.

Del castillo no ay que pasar cuidado alguno. V.S. lo tiene en defensa y la procession (sic) del la tenemos en la mano siempre que la queramos.

Entiendo en meter 200 moxos de trigo en los silos y aun el preçio hallo raçonable.

A la baylia dare prissa para que haga la provision que V.S., manda en la cibdad, de trigo y harina.

Los molinos del castillo podran moler cada dia para 1.200 bocas. Estos soldados padeçen terriblemente. Por amor de Dios, que V.S. cargue al señor don Fernando sobre ello, porque, aunque yo le he escrito muchas veçes, no me a respondido.

A los cavallos ligeros embie la horden que V.S. manda, pero es ynposible llegar a Pomblin en quatro dias. Por harto mexor tengo desapararla, como V.S. la desampara, que proveerla para perder mas reputaçion y gente.

Entiendo en embiar golpe de gastadores a Horvitelo para que de presto la rreparen. V.S. a tomado buen acuerdo en proveer de los 500 ytalianos que se metan dentro y que aquellas dos compañías buelban aqui.

Los XXV ducados de la fabrica los tengo ya en casa. Biene el escudo a onze reales y aquí, como V.S. save, bale catorze. Es menester para que salga a quenta, que V.S. escriba a la baylia que sirban los reales como se a hecho en Milan y Genova, segun entiendo. Y si a V.S. no le contenta esto y esta en pie los scudos que el otro dia pasaron por la posta, podranse llevar estos XXV en reales para pagar en Roma, y saldarles muy a quenta a los acreedores. Podran benir aquí los scudos, de aquí a una ora entendere mexor la perdida o ganaçia que ay en ello. Bendra aquí el Frasquin y otros. Ya hablaremos en ello si los negoçios dan lugar, pues el Papa soličita a V.S. que benga aqui, çierto la persona de V.S. quietaria mucho, aunque fuese por pocos dias.

Guarde y prospere nuestro Señor la muy Ille. Persona y estado de V.S., como sus servidores deseamos en Sena, 25 de Julio 1552

E esto del dinero scrivo a tiento, porque aun no lo e platicado con los oficiales del. Avisare a V.S. con el primero.

(autógrafo) Las muy illes. manos de V.S. besa
don Frances de Álava

Al muy Ille. Señor don Diego Hurtado de Mendoça, del Consejo de la Magestad Cesarea y su embaxador en Roma, Roma.

Don Frances de Álava a Ximenez

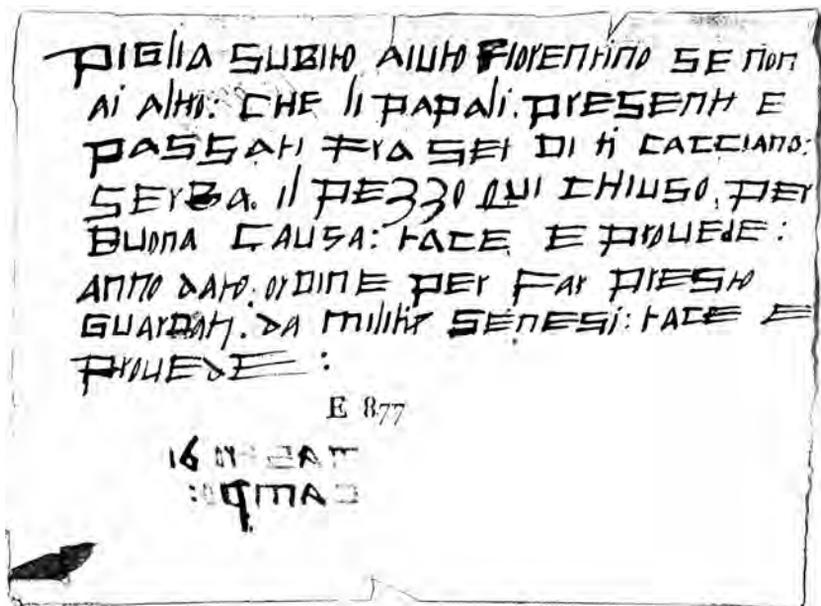
AGS., Estado 877, f. 48

25 julio 1552

Copia

De don Frances de Alava de XX de Julio a Ximenez

En la puerta de la casa de don Diego pusieron anoche essas palabras con letras goticas. Tengo aviso de çierta provision de armas que ha hecho Claudio Cucantino, cuñado de los Amerigos, y que ha combidado para esto otras personas particulares. No se quando quieren hazer alguna demostracion contra estos bellacos, pues passa esso. El señor Sinolfo de Castellotier me ha embiado oy un correo para avisarme que este en orden, porque se arma grand trayçion contra Su Magestad y que, en sabiendo la claridad, avisara o vendra con ella. Tras esto van en quatro las pagas que se les debe a estos soldados, que verdaderamente parece milagro como viven.



Entiendese en proveer el castillo de Loneresto. Dios nos tenga de su mano y al Emperador que aquí le hazen muy malo. Vienen estos avisos de un criado de don Fernando senes. He embiado a Su Exca. cien cartas tuyas muy bellacas y no lo veo remediar. Otro criado del Cardenal de Trento, llamado Camillo Spanochi, scrive en esta conformidad.

De don Frances de Alava a Ximenez XXV de Julio 1552

Era una carta çerrada con hilo que dezia el sobrescripto:

Maestro de Campo: Piglia subito aiuto fiorentino se no ay altro che li Papali presenti et passati. Fra sei di ti cachiano. Serva il pezo che e chiuso per buona causa. Tace et provede. Hanno dato ordine per far presto.

Guardate da Miciere Senese. Tace et provede.

Era dentro de la carta medio quattrin cortado

Pusose en XXVIII de Julio 1552 en la noche.

Acompaña una transcripción en mayúsculas del aviso arriba citado.

J. Ignacio Tellechea Idígoras

AMÉRICA EN LA OBRA DEL PORTUGUÉS MIGUEL TORGA (1907-1995)

En el décimo aniversario de su muerte

Al referirme a Miguel Torga estoy hablando de uno de los escritores-poetas-pensadores más importantes de Portugal del siglo XX, el Montaigne portugués, como ha sido calificado por algunos y al mismo tiempo, al médico que ejerció su labor, primero, en el medio rural portugués, en Tras-os-Montes, esa región pobre del Norte, que le viera nacer en 1907, en Sao Martinho de Anta, diócesis de Lamego, en el seno de una humilde familia campesina. Más tarde se especializará en O.R.L. y ejercerá en Leiria y Coimbra, a la que estará especialmente unido.

Fue propuesto en varias ocasiones para el Nobel de Literatura, por distintas universidades, entre ellas, la francesa de Montpellier, en 1960, él no lo consiguió, murió el 17 de Enero de 1995, en el hospital oncológico de Coimbra, pero la literatura portuguesa, tan magnífica, con autores como Pessoa, Lobo Atunes, Cardaso Pires, Eça de Queiroz, Castelo Branco, sin olvidar al gran Camoens, obtuvo su Nobel con Saramago.

La obra de Torga ha sido traducida a todos los idiomas cultos, especialmente al francés y español. El lector castellano dispone de buenas ediciones de sus textos más conspicuos: *“La Creación del mundo”*, texto autobiográfico que recoge su infancia, la emigración a Brasil, la vida estudiantil en Coimbra, sus primeras poesías y prosa, las vivencias como médico en un estilo barojiano; la persecución política, en Portugal, con Salazar, y la guerra civil española.

Son fundamentales para conocer a Torga sus famosos diarios que recogen varios volúmenes en lengua portuguesa y una selección en castellano, y abarcan desde 1932 hasta 1995, poco antes de su muerte.

La ficción literaria está recogida en otros libros suyos como *“Cuentos de la montaña”*, *“Rúa”*, *“Piedras labradas”*, *“Poemas ibéricos”* y *“Bichos”*, recientemente traducido, también al euskera, y se trata de su libro de cuentos más famoso.

En Torga asistimos a un médico-humanista (influido por Unamuno), que lejos de la actual tecnologización médica, ve con preocupación esa deshumanización, ese divorcio entre médico y paciente, y aboga por un trato humano y ese calor que cada vez será más imprescindible en la medicina que viene y que asoma en este siglo XXI.

La lectura de la obra de Torga está unida a su profesión de médico y el análisis de esta faceta permite conocer bien su pensamiento, cercano a los humildes y desheredados de la sociedad. No es el momento ahora de este análisis, del que me he ocupado y me ocuparé en próximos trabajos.

Me ha parecido más pertinente abordar a Torga en su vertiente americana y mejor en su concepto e ideas de Iberia e Iberismo, algo que él creía y sentía muy profundamente. Torga fue el gran viajero, el cronista agudo y preciso que con su pensamiento ha iluminado muchas cuestiones.

El polo opuesto a Kant o a Pessoa, que no se movieron de sus gabinetes, Torga hará realidad aquella frase suya:

“Somos una patria de andarines y aventureros incansables, atentos a la naturaleza, temperamento y costumbre de los pueblos ajenos visitados”. “Corrí desde la niñez, las siete partidas del mundo y dí, con el ingenio que pude y algún riesgo, testimonio empeñado, pero sin compromisos, de esas andanzas”. “Soy, al final, como vosotros y a mi medida, el repórter inquieto de un cotidiano sin fronteras. Ningún acontecimiento significativo, sucedido a lo largo de casi un siglo, me dejó indiferente y sin un comentario alertador”. “Fuí una especie de telegrafista en el barco acosado por las ondas enfurecidas de la realidad de mi tiempo lanzando “eseoses” de aflicción”.

En efecto, tras su triste experiencia como criado en Oporto y colgar los hábitos en el Seminario de Lamego, a los 13 años, embarca en Lisboa, (1920), en el buque “Arlanza”, rumbo a Brasil, con este bello recuerdo de la capital lusa:

*“Dentro de él (el Arlanza) rememoraba aquella ciudad embanderada de ropa blanca, de la que guardaba en la retina la imagen indeleble, cogida de refilón en una callejuela, de un ciego tocando la bandurria, mientras una muchacha joven y guapa, con la mano extendida, cantaba:
¡Oh, Lisboa de los Descubrimientos!*

Pensemos en lo que fue este viaje, al Brasil, de un muchachito de 13 años, su primer gran viaje en solitario, que le marcaría profundamente, de tal manera, que cuando regresa, en 1925, cuatro años después, escribirá: *“El ingenuo muchachito que había visto Petrópolis, en medio de la sorpresa y la desesperación a la llegada del Arlanza, había muerto”*.

En Brasil escribió sus primeros versos y trabajó como peón sin salario, en la hacienda Santa Cruz (Estado de Minas Gerais), propiedad de un tío suyo. Toda esta peripecia vital está bien recogida en *“La Creación del Mundo”*, el segundo día.

Su tío lo recibe como a *“un animalito que ha salido de la madriguera”*. Allí va descubriendo lo que ve *“las sierras, los ríos y los bosques, tan grandes que no cabían dentro de los ojos”*. Copacabana, Botafogo, Nictèròi, la estación de Leopoldina Railway y las localidades de Petrópolis, Entre Rios, Recreio y Cisneros.

Ese Brasil en el que creía le enriquecería, como a todos, había allí kilómetros y kilómetros de cafetal, laderas plantadas de caña de azúcar, vegas cubiertas de arrozales, extensiones enormes de selva virgen, montes y montes llenos de forraje en los que portaban grandes manadas de ganado, el ingenio de azúcar, la destilería, el alambique y negros y negras, a diestro y siniestro. Aprendió nombres nuevos: manga, jacarandá, mandioca, ñame, ananas, tucán, araponga.

“Nada de lo que había aprendido en Agarez valía allí. Ni los nidos eran iguales, Algunos, colgados de los árboles, parecían faroles. Los pájaros cantaban de otra manera, las frutas tenían otro sabor, y, donde menos se lo esperaba uno, había culebras, confundidas con el paisaje, enormes, bonitas, siempre con la cabeza tiesa, al acecho”.

Torga queda obnubilado por la grandeza del Brasil, y la ubérrima naturaleza.

Describe también el mundo mágico y hechiceril:

“La médium Inês, era una negra renegra, de ojos brillantes, picada de viruelas que, según afirmaba mi tía, ya había encarnado varias veces el espíritu de mi abuelo paterno”.

Y otros encantamientos y medicina popular, como la que le practicó aquel negro que le bendijo la pierna izquierda, llena de erisipela y curó rápidamente, mientras recitaba:

*“Yo te echo la bendición
en la cabeza y el rabo,
seas sapo o sapón,
araña o arañón.
O bicho de perdición”*

Asimismo los hombres-lobo (licantropía), los viernes, casi siempre negros o portugueses, caían como moscas en estos hechizos, los españoles e italianos rara vez, los turcos, nunca.

Para Torga Brasil fue un descubrimiento.

Se hizo hombre en el seno de aquel vigor tropical. El cuerpo se desarrollaba y su alma sólo crecía en amargura, injustamente odiado por su tía y un extraño para su tío, viviendo oprimido en medio de la libertad.

Allí Torga conoció las vivencias de un adolescente, las primeras pasiones y las realidades vulgares de la vida. También los primeros amores.

Por fin logró que su tío le enviara al Instituto de Ribeirao, y allí comenzó a leer con pasión, sobre todo a los brasileños Casimiro de Abreu y a Silva Jardim y José de Patrocínio, este último novelista y periodista brasileño, impulsor del movimiento abolicionista, del que se decía le iban bien *“Dos cosas tan grandes como difíciles son necesarias a la gloria del hombre: soportar el infortunio, resignándose con firmeza, y creer en el bien y confiar en él con perseverancia”*.

Torga en el Brasil padeció enfermedad venérea, y hubo de volver a la hacienda familiar a recuperarse.

Por fin, su tío decide volverse con la familia a Portugal, cansado del oro verde de Brasil, y Torga, lleno de “saudades”, regresó a la metrópolis, en el navío Andes, para estudiar Medicina en Coimbra.

El regreso a la metrópoli, el océano tenebroso, las olas eran pliegues de agua que el viento hacía, los bancos de arena de Recife estaban descritos en

los libros de geografía, y los peces voladores y bohemios, que distraían a los pasajeros, también venían en un sermón del jesuita Antonio Vieira, el gran estilista muerto a finales del siglo XVII.

Vio lanzar también algún cadáver, el de un comerciante, febril, que una hemoptisis torrencial se lo llevó, y por fin de nuevo:

“Lisboa, pálida, extendida sobre sus playas, empezó a nacer del mar; del Tajo y de las colinas, en una sugestión de armonía que se oponía a la imagen de exuberancia de las ciudades que traía en mi retina. Había algo definitivo en su perfil cansado. El río, que corría a sus pies, tampoco me recordaba al Paraíba saltarín. Ciertamente, había envejecido con esa vejez de los ríos que el profesor de geografía nos había explicado tantas veces en el Instituto. Pero yo necesitaba justamente una serenidad así, resabiado como venía por tantas violencias, unas pasadas y otras renovadas a bordo, casi al final del viaje”.

Y termino leyendo su recuerdo de Guadalupe:

“Guadalupe, 4 de junio de 1954. Estos monasterios de España me dan la impresión de ser retiros de verdor, frescos rincones apetecidos por el calor del cuerpo, en vez de moradas del espíritu, templos de recogimiento místico. Tienen, evidentemente, todos los componentes canónicos necesarios para la salvación del alma. Pero lo que yo veo siempre en ellos son personas de carne y hueso, tranquilizadas y protegidas por su bóvedas. Espoleado por la llanura interminable, en que el sol abrasa y el polvo asfixia, el español entra en una iglesia como se entra en un oasis. Y se abre en un cántico de gratitud al Dios de semejante bienaventuranza terrena. Estoy hablando, como es natural, por la experiencia propia. Después de interminables horas de correrías, tragando, con un estoicismo de faquir motorizado, leguas y más leguas de rastrojo en llamas, al llegar aquí lo que se me ha manifestado no ha sido el significado metafísico del convento, sino el alivio de su protección física. Incluso el mismo Zurbarán, que era lo que yo venía a admirar; creo que me ha convencido únicamente por el hecho de tener los colores de su paleta resguardados en la penumbra de la sacristía. Cegado por la luz extremeña y ahogado de calor; me parecía que los monjes se deslizaban por sus naves como lo harían los segadores para refugiarse del sol abrasador de las eras”.

Y de su Iberismo, además del poema Iberia, quiero leer esto último:

“Coimbra, 9 de febrero de 1983. Iberia. Ésta fue la conversación de la noche. Una Iberia –así se lo afirmé rotundamente a mis interlocutores– que es un verdadero continente, por la singularidad de su fisonomía física, racial, idiomática, cultural, económica y política. Más que un conglomerado de regiones, un conjunto de naciones. Unas naciones a las que Castilla

—a pesar de su pasión centripeta—, no ha conseguido borrarles el carácter, integrarlas en su propia identidad. Unas naciones unidas por la misma fatalidad geográfica y por una urdimbre de cruces históricas, pero tan profundamente originales que las fronteras de cada una, más que en el mapa, están trazadas en el alma de cada uno de sus hijos. Y si no, que lo diga Portugal”.

José M.^a Urkia Etxabe

SONETOS EN HOMENAJE A JAVIER BELLO-PORTU. AZKOITIA (29-05-2004)

Nada

Me diste tu amistad, y fue tan honda,
de tan pródigas ramas enramada,
que siento en mis entrañas una sonda
que cala en mi vacío y en mi nada.

Lo que pude sentir yo, nada es nada,
nada y nada a tu generosa onda,
una nada tan entera y redonda,
pero en nido de afectos anidada.

Óyeme, Javier, aunque bien lo sabes:
nunca muere la amistad, nunca nada
muere en el laberinto de esas naves,

cuya carga nos vino regalada.
Siempre la amistad nos fue raudal de aves
que nos dejó la vida iluminada.

Morir por no morir

Morir por no morir, ¡ansia suprema!
-¡No te me morirás! -manda Unamuno.
Morir por no morir, era su lema,
y todo por sentirse tan divino.

¡Morir por no morir!, meta del loco.
meta de uno que se siente tan poco,
que hace esfuerzos de si toco o no toco
esa puerta ideal que desconozco.

Colocados al filo del más luego,
ni tú, ni yo, Javier, nunca supimos
confundir la leve ansia con el fuego,

ni tratar de saber por qué existimos.
¡Quizá gozamos de la dicha breve
que nada sabe de la muerte aleve!

El derroche

Que derroche, Javier, qué gran derroche,
cuánta exquisita atención tú me diste,
de qué modo y manera en la alta noche,
darme pruebas de amistad, tú supiste.

Apagados los grillos en el campo,
-testigo, Federico-, tu palabra,
me venía por los aires como lampo,
fugaz destello que a admiración se abra.

El teléfono en nuestra hora bruja
nos ataba en confidencia, estrechada
lazos de confianza plena, abogada

por el amplio abrazo que el cuerpo estruja.
momentos de magia, Javier, momentos
que se han quedado en mí como mementos.

Los dones

Cuántas músicas, Javier, cuántos sones
perdidos en el día de tu muerte,
qué enorme despilfarro de tus dones,
cuánto aciago dolor, qué triste suerte.

Por tu mente, brillante la memoria,
te recordaré a mi vez: tú viajero
por lecturas infinitas. Tu gloria,
hacer fijo a la vez lo pasajero.

Abrías el diálogo y tu gaveta,
llena de esencia de saber selecta,
mostraba su tragante alcancía,

grávida y docta, nunca secreta,
eras como una máquina que excreta
los cultos saberes que producía.

Salinas-Bello

Recuerdo que fray Luis cantó a Salinas
y que las auras hacía cristalinas,
vestidas de hermosura y luz no usada.

De ese aire traspasado a la alta esfera,
su voz sonora nos cantó a modo,
delirio del arte y, en arte todo,
música nunca en sí precedera.

Violines y pianos, voz en solfa,
me resuenan por perderte al conjuro
de tu nombre, Javier, y se me engolfa,

una lágrima en el ojo, y te juro,
que no será, Javier, lágrima golfa,
sí muestra de pensar, hondo y oscuro.

Espérame, Javier

Desierto el alma; el corazón, barbecho,
escribí, Javier, tu necrológica;
duro ejercicio fue, duro repecho
mas todo, en la muerte, sabe a lógica.

Recordaba, creo, tu gran memoria
así como vastas sabidurías,
que escucharte era como la gloria,
¡cómo lucías, sí, cómo lucías!.

Vuelvo a verte hoy reimaginado,
junto a estos amigos que me acompañan,
te veo como si, resucitado,

te admiraran mis ojos que se empañan.
Espérame, Javier, que, a como enfoco,
espero saludarte muy a poco.

Santiago Aizarna